Día 27

SALMO 51

«Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor;
conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones»
(Sal. 51:1).

¿Has mordido el fruto del pecado y te has a sumergido en la culpa como consecuencia de tus acciones? David sabe lo que se siente. Yo también. Él estuvo hundido en el lodo, donde solo podía oler la podredumbre de su alma y sentir un horrible distanciamiento de Dios. Su corazón lo persuadió de que podía coquetear con el pecado y no sufrir consecuencias.

El pecado lo invitó a salir de paseo, luego lo sedujo a probar lo prohibido. Y él cayó en la trampa. El hombre cuyo corazón era conforme al de Dios, cedió a la tentación de acostarse con la esposa de uno de sus soldados, terminando postrado en dolor, vergüenza y culpa.

Pero Dios no lo dejó ahí. Como una manifestación de Su bondad, Dios envió al profeta Natán a confrontarlo para que despertara de la ceguera de su pecado, y lo movió al arrepentimiento. Es ahí donde nace este salmo. David apeló a la bondad de Dios porque sabía que en Dios encontraría lo que los hombres no le darían.

El rey, postrado con un corazón arrepentido, expresó su confesión con estas palabras: «Ten compasión de mí, oh Dios […]. Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado. Contra ti he pecado, solo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos» (vv. 1, 3-4). Este clamor nos recuerda la realidad de nuestra condición, la necesidad de la bondad y misericordia de Dios, y nos invita a venir delante de Él confiadamente. Nos anima a correr a los brazos del Padre celestial, como niño que necesita socorro.

Este salmo es una invitación de Dios a venir a Su presencia. Al regazo del Dios que perdona, el único que puede borrar todas nuestras transgresiones. El único capaz de purificarnos y limpiarnos. El Dios que puede cambiar nuestros corazones y afectos.

¡Qué gloriosa noticia es que, al igual que David, Dios no nos dejó en lo oscuro de nuestra condición! Dios manifestó Su bondad hacia nosotros enviando a Cristo para cargar con los pecados de David y los nuestros. No importa en la dificultad que te encuentres, ¡nuestro mayor problema Cristo ya lo llevó sobre sus hombros en la cruz!

Si te sientes consumido por el pecado y la culpa, corre con los brazos abiertos a Aquel que un día abrió Sus brazos en la cruz por ti. Él cargó con tu vergüenza y la quitó de tus hombros. Aun en tus momentos más difíciles, aun en medio de tus angustias, exclama como David: «Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones» (v. 1). Corre a Él con un corazón contrito y humillado y ten la seguridad que Él te devolverá el gozo de tu salvación.